

## EL ÚLTIMO EMPERADOR DE BIZANCIO (1) MATILDE BIANCHI

Si se los digo, no me van a creer. Desde muy chica, amé el encanto del Atica y aquella Grecia que no hubiera querido dejar escapar de las manos desoyendo con toda seguridad, el clamor de los esclavos. Y amé aquellos cipreses y aquel cielo y aquellas túnicas y aquellos navegantes. Mucho tiempo después supe que en Bizancio, en tanto las tribus germánicas se habían infiltrado en el Oeste de a poco, hasta copar Roma por fin, tirando abajo el imperio y sus costumbres, los locos de Bizancio retuvieron o quisieron retener la cosa griega, claro que impregnada de cristianismo y como si hubieran olvidado de veras el equilibrio que otorga el Mediterráneo. Y fue por esos laberintos que me topé con Hyerónimus César. Y lo saqué del quinientos y tanto, en el mismo momento que inauguró Santa Sofía, con su amada emperatriz Teodora. Y haciendo caso omiso del tiempo que casi seguro debe haber transcurrido, los metí en Roma y hasta en Alejandría. Y a ella... Ya verán al último emperador, tanteando, escurriéndose como un carterista, exactamente al costado de la vida.

A nadie podían importar aquellas palabras susurradas entre laureles y rosas tardías. Y sin embargo, el hombre insistía, por puro placer, con el eco mortecino que los sonidos iban produciendo en las fuentes.

Los altos de la noche fascinaban a aquella anatomía menguada, de mirada alucinante y vaga, que una vez más retornaba a la tierra desde inmensidades hieráticas.

Hyerónimus César era un espíritu de sonambuleces árdidas, en tanto corría por la vía Apia Antica, lejos, cada vez más lejos de sí mismo, enmarcado a propósito en un mundo de mosaicos, vitrales y cinceles, que por intervalos, resaltaban las piedras filosas de la noche.

(1) Del libro de cuentos «*Originales y Fotocopias*».

Nadie pudo negar que ésta fue la ciudad de las tentaciones, entre columnas arropadas: Roma dueña y continuadora, osada como soberbia, desmenuzando lentamente un hilo, a siglos de distancia, para apretar aquellos brazos crucificados hasta consagrarlos, mucho después, a la medida del tiempo, en columnas o iglesias majestuosas que cayeron sobre el Egeo.

Hyerónimus volvía alrededor del alba, jadeante, apretando entre las manos perlas sudorosas que nadie reclamaba, embriagado de imágenes y espectros que lo perseguían y naturalmente, lo encontraban, tambaleando entre los ángulos de las calles romanas.

Hasta aquí había llegado Hyerónimus César en su fatigosa búsqueda. Fue también aquí que continuó (exacerbado su gusto por lo misterioso) su afición por los tejidos mortuorios, las guardas y las azules alfombras; los anatemas de santos, los iconos engastados en marfiles y náfilos.

Pero ésas no eran las apariciones que Hyerónimus buscaba. En aquellos mismos ángulos, afinaba el oído hasta escuchar el ruido de las auroras, de las cósmicas y de las interiores. Todas las estrellas, todos los relojes y todos los corazones de Roma vibraban en sus tímpanos. Pero no lo alcanzaba. Hyerónimus procuraba sobre todo, la gran cita con aquella imagen. En alguna ocasión había oído (no podía precisar en qué momento ni en cual geografía) que por un secreto de la luz, llegaría el momento en que por fin recuperaríamos la visión de todo lo vivido, así de nítido y palpable. Por eso Hyerónimus vagaba en las noches, por miedo a que las imágenes se borrarán en la plena claridad romana, temiendo que su germen de luz se perdiera en algún rincón escondido. Entonces excitado, provocaba al silencio, acariciaba continuamente los rayos de luz refractada; incansable, repetía su nombre, y agregaba luego, más pavoroso, más secreto aún, el nombre tantas veces deseado. Pero las sombras reconocidas no eran sino espejismos intrascendentes. Comenzaba, pues, el ensayo, en medio de la mañana florecida, aspirando la luz y sus perfumes, atento, de pie en la terraza. Pero los nombres así dichos no eran más que burbujas insípidas, aire en el aire maduro, corrosivo, donde también las imágenes vivían una existencia sin contorno, sin carne ni espíritu, como si fueran una ecuación de lágrimas táctiles o de esfumados colores que se volvían pesados y concretos al caer de la noche.

César retornaba a menudo, desesperado en medio de las avenidas, verdaderas libélulas poderosas contra el poniente o pátinas de niebla que profetizaban las imágenes robadas al mundo de los vivos. El

hombre profundía murmurar el nombre de ella y que por el solo hecho de nombrarlo, se abriera una aureola férica, una corola de trinos y violetas. Y empeñado, modulaba cada vocal, gritaba la redondez del nombre... Pero la noche, siempre, atendía sus propios enigmas y la voz se le ahogaba mientras subía penosamente a las terrazas. Desde la ventana pequeña, contemplaba el tiempo, pasado aquí o allá, siempre tan rauda o esquivo, como esquivas y engañosas eran las imágenes.

Entonces Hyerónimus decidió nerviosamente retornar al punto donde la luz había sido intransferible. Buscaría la naturaleza misma y vibrante del retrato o el grabado; su refracción, su color y su gesto.

César planificó el viaje envuelto entre sombras cómplices. Un viernes dorado arribó en barco a Alejandría. Antes de llegar, describió un puerto de faros y atardeceres inexistentes y esos ojos de espera línea violada, el arco de mar egipcio, donde la noche caía furtivamente.

Hyerónimus César emprendía el trabajo sin una queja. Iba y venía por escritorios polvorientos: «amo, amatus sum, amantur... fielo fileo...», brotaban espiraleando en la madrugada griega. Y entonces locamente, las imágenes se multiplicaban, entrelazaban su media luz de nácares ajados y mil mandíbulas violentas lo martirizaban, lo asediaban graciosamente, le ofrecían incienso. ...Y sus manos y su comisura húmeda lo distraían durante minutos que hubieran podido palpase con los dedos. Pero era en vano. Un arcoiris así, tan fragante y concreto asomándose por todos los rincones, no era más que una burla angustiada.

Aquella menguada figura empezó a frecuentar el museo. Hyerónimus se alegraba tímidamente con la visión aporcelanada de los santos eremitas... Imaginaba y encontraba después mosaicos muy complicados, sombras vertidas más allá del insomnio, en tanto hurgaba los libros heredados de los padres del desierto.

Hasta que un día alguien lo vino a buscar para dictar una conferencia relativa a tantas imágenes pasadas. Pero el auditorio se retiró anonadado y el salón se fue quedando imperceptiblemente vacío.

Hyerónimus cruzaba por las vastas ondas de la rambla, concentrado. Quería inventar las sombras teñidas para siempre de lila y de diamantes, para bambolearlas después, entre hojas y perfumes de otoño, ya que de esa manera, se dormiría gozoso, pensando en la próxima imagen que se arrimaría a buscarlo.

Fue por esos días que presintió el contorno entre sus dedos y se dio, como loco, a acariciar la atmósfera hasta que lo venció la fatiga, tratando siempre de situar las ondas visuales. La luna antigua vibró por encima de las paredes del museo. Ahí el emperador tropezó con una

